

J. M. BRICEÑO GUERRERO

**AMOR Y TERROR
DE LAS
PALABRAS**

PRÓLOGO

Leídos los manuscritos, fui a ver al autor, antes de escribirles un prólogo, para clarificar por medio de preguntas una objeción que me molestó durante la lectura. Antes de escribirlo, debía conformar o suprimir una renuencia en mí y un rechazo.

El texto debe hablar por sí solo -ya lo sé- y es defectuoso si el autor se ve obligado a explicarlo. Pero, en este caso, se trataba de algo que me inquietaba personalmente, más acá de la comprensión.

No cometí la grosería de preguntarle si el relato era autobiográfico. Toda ficción es, en alguna medida, autobiográfica y toda autobiografía es, en gran medida ficticia. Lejos de mí tratar de deslindar por pura curiosidad el límite entre ambas. Mi asunto se planteaba en otro nivel, sutilmente distinto: yo percibía dos discursos; el uno de ideas, el otro narrativo.

Entiendo y acepto que un discurso de ideas se sirva de un discurso narrativo, aunque, como amante de la literatura, ponga objeción al uso instrumental, servil de la ficción. Inventar un personaje con un defecto psíquico permite, sin duda, mostrar con mayor claridad aquello que la dificultad pone en evidencia, pero las ventajas teóricas de tal proceder traen consigo a menudo desventajas estéticas, dependiendo todo por supuesto del arte.

No era ése, sin embargo, el caso de este manuscrito. Me pareció más bien que el discurso teórico salía de la ficción narrativa y a veces sentí que era yo quien hacía esa distinción en forma un tanto arbitraria.

Le expuse todo esto y guardé silencio para escuchar su comentario; pero él no dijo nada. Entonces yo comprendí la vaguedad genérica de mi exposición y concreté. Cuando el adulto presta al niño sus comprensiones y su lenguaje de adulto ¿no está falsificando la infancia? El no respondió.

Yo concedí de inmediato: La reflexión del adulto ilumina las experiencias de la infancia y da sentido a los recuerdos lejanos; además, el narrador es todo el tiempo un adulto. Pero -y aquí sí formulé abiertamente mi objeción- ¿es verosímil atribuir a un niño, incluso a un niño sensitivo en extremo, la terrible aventura narrada en este texto y su continuación durante la adolescencia y la juventud? El no respondió.

Aclaré: He oído de expertos que el niño es padre del adulto y admito la importancia de los primeros años de la vida en la formación del hombre, ¿cómo negarla?, pero la posibilidad de una búsqueda tan implacable y tan secreta en tan temprana edad me resulta inconciliable con mis observaciones de los niños.

Mientras aclaraba, se puso de manifiesto en mí una inquietud inexplicable y me di cuenta de que el centro de mi pregunta era oscuro para mí mismo.

El alzó los ojos hacia mí. En su mirada había respeto y compasión. Calló todavía, como si midiera sus palabras antes de pronunciarlas para no ofenderme. Al fin me preguntó ¿Recuerdas tu propia infancia?

Entonces fui yo el que no respondió. Confrontado conmigo mismo en el centro de mi intimidad, guardé silencio y exploré mis recuerdos, en calma, pues ni él ni las circunstancias me apremiaban.

No vi mucho. Algunos incidentes, algunas travesuras, ciertos castigos, éxitos y fracasos escolares, todo a través de un agua turbia que desdibujaba las imágenes visibles y ocultaba -así me pareció- lo más importante.

¿Cuándo, cómo se había hundido mi infancia en los abismos de la memoria? No recuerdo sino por fragmentos deformados al niño que me engendró.

Tuve la sensación de llevar en mí una Atlántida sumergida. ¿Con qué fuerzas bucear? ¿Qué batiscafo podría llevarme a ese nivel de mi origen? En un instante esquivo me pareció recordar una limpidez, una transparencia, una libertad ilimitada sin dualidad y sin vocerío. Me pareció entrever la plenitud perdida, el poder de mis primeros años. Pero entonces yo era todo un niño, ahora soy sólo un hombre, un hombre solo.

J.M.B.G.